

nivel generalizado; en segundo lugar, la disolución de su universo individual, y su restauración gracias a la aparición del personaje de María. Ambos planos se superponen, pero curiosamente el primero depende del segundo, como si la rehabilitación de la realidad recayera en las manos de una pareja que, ella sola, a fuerza de amor y de palabras, fuese capaz de detener la lluvia y renombrar el mundo.

Desde el punto de vista temático, formal y estructural, esta tercera parte de la obra resulta ciertamente extraña si la comparamos con las otras dos –segunda y cuarta– que la preceden y suceden. Mientras estas están orientadas fundamentalmente hacia el pasado, hacia la memoria –pese a que también tengan la mirada puesta en el futuro–, en la tercera ocurre justo lo contrario: la visión del poeta está primordialmente centrada en el futuro, aunque no deje por ello de establecer vínculos con el pasado. Por otro lado, María está viva, mientras que Juan Panero y la mayoría de los personajes que el yo poético evocará en la cuarta parte del poemario están muertos. E incluso, el diluvio universal al que el poeta recurre para contextualizar a sus personajes en un ámbito de tintes genesíacos de reconstrucción de un mundo nuevo –y que habría de recuperar muchos años más tarde, para contextualizar el primer volumen de su trilogía *La carta entera: La almadraba*– resulta realmente sorprendente, frente a los muy distintos entornos, preferentemente domésticos, en los que sitúa al mismo personaje cuando este es acompañado por los otros guías que le acompañarán en sus restantes recorridos.

En la cuarta parte de *La casa encendida* el poeta ahonda más profundamente en su alma que nunca. En ella asistimos a su transitar por los recuerdos más íntimos, los infantiles, aquellos para los cuales el espíritu debe sumirse en un acendramiento esencial. Y sin embargo, en la poética que abre esta cuarta parte, si bien el personaje protagonista vuelve unos pasos atrás, como suele ser habitual en él, esta vez retrocede mucho más de lo que hasta ahora nos tenía acostumbrados, se diría que retorna al punto primero en el que comenzó su singladura, en el que inició su camino al comienzo del poemario, ya que muestra un estado de desesperanza y desarraigo similares al que manifestaba al principio de la primera parte de *La casa encendida*, como si el yo poético sólo

pudiese disponer de una memoria fragmentada, y hubiese olvidado cuanto sucedió en los capítulos segundo y tercero. A lo largo de este apartado el sujeto lírico no hará sino romper el horizonte de expectativas desengañado y escéptico creado en la poética que lo abre, la única poética en la que no se alude al bosque de los muertos, a la huella de la memoria, a la palabra del alma. Y es por ello por lo que será preciso ir recuperando todos estos puntos a lo largo de esta cuarta parte, reuniendo, juntando, encendiendo en ella todo cuanto el poeta deja de subrayar explícitamente en la poética con la que da comienzo este capítulo, a fin de insistir más en ello de la mano de aquellos personajes con los que se irá reencontrando a lo largo de su andadura por la estancia que le conduce a la memoria de su infancia.

En la última habitación, la de la infancia, quienes le acompañarán y ejercerán de guías a lo largo de este último recorrido serán sus padres, aunque advertimos ciertas diferencias entre este y los episodios anteriores. Si en la segunda y tercera parte Juan Panero y María mantenían un papel más activo respecto al yo poético —orientaban sus pasos y dialogaban con él—, en esta cuarta parte será el protagonista —pese a que constantemente se dirija a sus padres— quien desde el primer momento sepa qué caminos seguir, qué recuerdos enlazar, qué teclas pulsar para desmadejar el hilo de su memoria. Se arroga un rol mucho más activo, ha asumido que son las palabras las que crean la realidad, y que, por tanto, habrán de ser únicamente sus palabras, como poeta, como bardo, las que dejen constancia de cuanto se narre y describa en este último tramo del camino. De ahí que desde el primer momento sea el único que tome la palabra en nombre de todos los personajes que le rodean; de hecho son sus propios interlocutores quienes parecen cedérsela, y él es consciente de su responsabilidad al término del viaje. Está llegando a la esfera más acendrada, profunda e íntima de su existencia, y es por esta razón que Rosales ha decidido que en esta última estancia el lector sólo debe conocer el punto de vista del yo poético, no el de sus guías, como sucedía en la parte segunda y tercera. Porque llegado este momento, el sujeto lírico ya ha tomado las riendas de su destino, como hombre y como poeta, como ser que ha experimentado ese cúmulo de vivencias y como creador que ha asumido un cometido: verter en palabras el

contenido de su memoria –la sustancia de su alma–, que es asimismo la memoria de todos aquellos que la conforman.

En *La casa encendida* hay dolor, si bien este no aflora en la segunda ni en la tercera parte de la obra. El dolor aparece en el capítulo inicial, cuando nos es presentado ese ser desamparado y solo a quien le duele hasta la madera de los cuadros por colgar, y al dar comienzo la cuarta parte, en el momento en el que el yo poético entra en la última estancia de la casa, y lo hace con estas palabras reveladoras, que volverá a repetir más adelante: «las personas que no conocen el dolor son como las iglesias sin bendecir». Porque la vida –y la infancia es el origen de la vida– da comienzo con el dolor, pero no acaba en él, ya que dolor y gozo se integran, se complementan, y en el cuarto apartado de *La casa encendida* se traban, se amalgaman con una cohesión sublime, hasta el extremo de que esta admirable ensambladura se postula como una de las características distintivas de este capítulo.

Otro de los puntos clave de *La casa encendida* nos lo revelan los versos siguientes:

y estáis juntos y me miráis quizás para lacrarme  
como una carta sin dirección y sin embargo escrita para siempre,  
y «quién te cuida, Luis»,  
y es tan fácil no despertar de aquella letra,  
no despertar jamás de estar diciendo un mismo nombre,  
no despertar un solo día sin sentir vuestro paso en el latido  
que yo escucho más cerca cada vez, caminando en mi sangre,  
caminando y buscándome hacia dentro [46]

Se diría que el poeta recuerda aquel encargo del padre, cuando, al poco de morir la madre, este, entregándole un papel de altísima calidad, le encomendó que escribiese un libro para recordarla, y el poeta empezó a redactar lo que más tarde acabaría por convertirse en el borrador de las primeras entregas de *El contenido del corazón*. Como indicamos con anterioridad, los libros que él consideraba fundamentales fueron transformándose en libros pensados por y para un interlocutor: *El contenido del corazón*, *Diario de una resurrección*, la trilogía *La carta entera...* Y esta misma